



BOLETIN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE SALAMANCA

NÚMERO EXTRAORDINARIO

NOS EL DOCTOR DON JULIÁN DE DIEGO GARCÍA ALCOLEA,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE SALAMANCA, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA ORDEN
DEL MÉRITO MILITAR CON DISTINTIVO BLANCO, ETC., ETC.

Al venerable Deán y Cabildo de nuestra Santa Iglesia Catedral; a los Arciprestes, Párrocos y demás Clero secular; a los Religiosos de uno y otro sexo y a los fieles todos de nuestra diócesis.

SALUD EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Convertimini ad Dominum Deum vestrum, quia benignus et misericors est, patiens et multae misericordiae, et praestabilis super malitia.—Joel II, 13.

Convertíos al Señor Dios vuestro, pues el Señor es benigno y misericordioso y paciente y de mucha clemencia, e inclinado a suspender el castigo.—*Profecía de Joel, capítulo II, v. 13.*

En el último mes del año que acaba de transcurrir nos separábamos de vosotros, venerables hermanos y

amadísimos hijos, con el fin de cumplir nuestros deberes episcopales, visitando los sepulcros de los Santos Apóstoles y postrándonos a los pies del Vicario de Jesucristo, para manifestarle nuestra adhesión y la adhesión del Clero y fieles de esta Diócesis, unida sin interrupción desde hace tantos siglos con la Cátedra de Pedro, e ilustre sobre todo encomio por haber sido el centro de los estudios teológicos y escriturarios, desde el cual se difundió a toda España la luz de las ciencias eclesiásticas.

El tránsito forzoso por los países beligerantes Nos ha hecho percibir de cerca la trágica visión de la guerra, que hace más de tres años consume las naciones. Nuestra alma no ha podido menos de sentirse abrumada por la tristeza, al ver que perecen tantos hermanos nuestros diariamente en los campos de batalla y en los hospitales y que tantos otros continúan sometidos a incontables privaciones y amarguras.

La tempestad que cierne sobre el mundo sus negros celajes sigue rugiendo embravecida, demostrando con sus furores no aplacados, que la divina justicia no ha levantado aún los castigos con que aflige a los pueblos culpables.

Enseñanzas y llamamientos del

Soberano Pontífice: : : : : :

El Romano Pontífice ha dirigido diversos llamamientos a las naciones exhortándolas a que den tregua a sus furores y busquen el reinado de la paz, del derecho y de la justicia en Jesucristo, a quien se ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra (1) para que rija los pueblos con justicia y rectitud (2) y al con-

(1) Math. XXVIII, 18.

(2) Is. XI, 4.

testar al mensaje con que el Emmo. Cardenal Decano le felicitaba en nombre del Sacro Colegio y en presencia de los Emmos. Cardenales residentes en Roma y de muchos Obispos, que allí estábamos congregados con motivo de la fiesta de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, manifestaba el dolor que sentía al no ser escuchado, y nuevamente proclamaba la necesidad de que los gobernantes y los súbditos tornen a Cristo, que es fuente de amor y de paz y dulce imán de las almas.

Es deber nuestro, venerables hermanos y muy amados hijos, haceros conocer los sentimientos y los deseos del Romano Pontífice, piedra angular sobre la cual está edificada la Iglesia, Vicario de Cristo Nuestro Señor del que ha recibido la misión de iluminarnos y guiarnos con la luz sobrenatural que le comunica Aquél que prometió vivir siempre en su Iglesia por medio de Pedro y de sus legítimos sucesores, y, cumpliendo este deber, queremos excitar vuestra piedad en la presente Cuaresma, para que todos vosotros, cada uno en la medida de sus fuerzas y desde el puesto en que Dios le ha colocado, procuréis la aproximación de esta sociedad en que vivimos a la doctrina del Divino Maestro y a la práctica de las virtudes evangélicas.

Tres grandes pecados de que es
culpable la sociedad contempo-
ránea : : : : : :

De tres grandes pecados es reo el mundo actual; del pecado de pretender apartar a Dios de la legislación y gobierno de los pueblos, del pecado de separar de él la enseñanza, y del pecado de prescindir de él en la educación. Estos tres pecados son tres distintos

aspectos de la guerra que en el seno de las naciones se ha declarado contra todo lo sobrenatural, contra todo lo que excede la limitada comprensión humana, y es una manifestación de la soberbia de los hombres que ciega sus inteligencias hasta el punto de pretender que se basta a sí misma y de menospreciar toda luz y todo auxilio superior a ella.

Ciertamente no es nuevo este proceder en los hombres. Cuando la humanidad ha llegado a un cierto grado de civilización y de bienestar material, olvidándose de sus errores y de sus tropiezos, se yergue envanecida, pretendiendo levantarse hasta los cielos y colocarse en el trono que sólo corresponde al Altísimo. Por esta causa las mayores ingratitudes e infidelidades del hombre para con Dios han coincidido con las más adelantadas civilizaciones y con el mayor grado de bienestar material, y esas mismas infidelidades e ingratitudes han sido el principio de las grandes catástrofes que han dado al traste con los adelantos y progresos humanos, haciendo retroceder a la humanidad en su camino. Y no puede suceder de otra manera, porque nada envilece y rebaja tanto al hombre como sus propias pasiones, que surgen tumultuosas y desordenadas cuando no las contiene la razón, que para sobreponerse a ellas necesita un auxilio de lo alto. Si se desvanece la idea de lo sobrenatural y todo pensamiento de ultratumba, no queda más que la vida presente y la vida presente es la vida del cuerpo, la vida de los sentidos, la vida de las pasiones, la vida de la materia sobre la que no impera más ley que la ley de la fuerza.

A pesar de los estudios históricos hechos recientemente, aún no conocemos en todos sus detalles las grandes civilizaciones que pasaron hace siglos; pero el conocimiento que de ellas tenemos es suficiente para que podamos asegurar que ninguna llegó al grado de

perfección de la nuestra, merced al espíritu cristiano que la informó, e hizo que Europa, que lo había recibido más intensamente que ninguna otra parte del mundo, se pusiese a la cabeza de todas las demás, de tal modo que llegasen a identificarse estas dos palabras, *uropeo y civilizado*.

Mas ocurrió que las sociedades, a medida que iban avanzando en su desenvolvimiento progresivo, comenzaron a ensoberbecerse y aspiraron a colocar al hombre en la cumbre del universo, cerrando los ojos a todo lo que pudiese ser superior a la grandeza y al poder humano. La consecuencia fué infiltrar en la legislación la tendencia naturalista sin sujeción alguna a las verdades reveladas.

Deplorables consecuencias de

este pecado : : : : : :

Así ha venido a sustituirse a Dios, Supremo Señor y Legislador de las naciones, por el Dios-Estado, confuso resultado del ejercicio de los derechos democráticos de las muchedumbres y de la tiranía de los encumbrados en las altas regiones del poder, y así se incurre a diario en la curiosa inconsecuencia de apellidar a todas horas la libertad como dón precioso del que nadie puede ser despojado, y pretender al mismo tiempo que ese Dios-Estado se entrometa a regular los sentimientos más íntimos de los ciudadanos, negándoles el derecho a profesar la religión verdadera y pretendiendo someter su voluntad a los preceptos de una moral arbitraria. Poco a poco se ha borrado de las leyes el carácter cristiano que las hacía descender del Sinaí y las ennoblecía con la cruz que figuraba a la cabeza de ellas. Ya existen por desgracia legislaciones en que se persigue como un crimen la religión

de Cristo, se prohíben todas sus manifestaciones y se destierra a Dios de las escuelas, de los tribunales y de los centros docentes, esperando el momento en que borrados los sentimientos cristianos del corazón de las muchedumbres, sea fácil arrojar a Cristo Nuestro Redentor aun de los mismos templos.

Este pecado de la sociedad contemporánea desconcierta y disloca totalmente la vida de los pueblos, porque los aparta de su fin natural, que es el de procurar en la vida presente el posible bienestar temporal, pero siempre subordinándolo a la consecución del bien eterno, que es el fin último del hombre y pertenece al orden sobrenatural. Atender sólo al primero de estos fines y desconocer el segundo, es perturbar en su origen toda la economía por la que se rige la vida humana y anteponer los medios al fin, pretendiendo convertir en estable y definitivo lo que es inseguro y transitorio.

Segundo pecado de la sociedad

en los momentos presentes: : :

No excita menos la divina cólera ni es menos funesto el pecado tan general en nuestro tiempo de apartar la enseñanza de la saludable doctrina enseñada por Cristo Nuestro Señor. Él es el Verbo Divino, luz verdadera que ha venido a enseñar a los hombres y a guiar con su doctrina, llena de sabiduría, las humanas inteligencias tan propensas al error. Menospreciar esa luz venida de lo alto e intentar que la razón sea totalmente independiente en sus ratiocinios, es inferir gravísima ofensa a la infinita Sabiduría y a la divina Misericordia, que se ha dignado compadecerse de nuestras miserias y ha engrandecido la pequeñez de nuestras facultades, prestándoles medios de certidumbre.

La necesidad de asentar la ciencia humana sobre una base sobrenatural que esclarezca el misterio de nuestro principio y de nuestro fin último es tan evidente, que jamás la razón humana, aun extraviada por los delirios del paganismo, se atrevió a prescindir del elemento ultraterreno. Fué menester que llegase una época en que la soberbia entenebreciese de extraña manera las inteligencias para que pudiera proclamarse el divorcio entre la ciencia y la fe que venían constituyendo la piedra angular de toda la labor intelectual.

Las funestas consecuencias de esta total emancipación de la ciencia son incalculables y perniciosísimas aun en lo que se refiere al orden social puramente humano. Desconocida una norma fija e invariable, el humano discurso se pierde en un intrincado laberinto, de varias y contrapuestas ideas, que conduce a la más lamentable confusión. Siendo tan diversas y contradictorias las lucubraciones de los hombres, parece hoy verdad lo que ayer parecía mentira manifiesta, y se acaba por no acertar a distinguir la verdad del error y el mal del bien. La consecuencia lógica de todo esto es la desilusión, la duda de todos y de todo, y como término final un pesimismo desconsolador que llena el alma de tinieblas y de angustia insoportable. Este estado de ánimo se descubre frecuentemente en las producciones literarias de nuestros días, sobre todo en aquellos países en que la incredulidad ha causado mayores estragos.

Por otra parte la independencia absoluta del razonamiento lleva necesariamente a la anarquía científica, precursora y compañera inseparable de la anarquía social, enemiga irreconciliable del orden y por lo tanto del progreso de los pueblos, para el cual es menester una dirección fija y un conjunto de actividades encaminadas al mismo fin.

Tercer pecado que atrae los cas-
tigos del cielo sobre las naciones

Dañoso es también de un modo gravísimo el pecado de apartar la educación de la juventud del sabio camino señalado por la Religión. Si el hombre naciese perfecto y suficientemente instruído en todo lo que necesita saber, así en el orden físico, como en el moral, no necesitaría educación, pero no es así. Nacemos débiles e ignorantes en todo y necesitamos del auxilio de otras personas, que, además de prestarnos los cuidados sin los que no podríamos vivir, preparen nuestro espíritu para ejercer la misión que hemos traído al mundo. Y no sólo nacemos envueltos en las tinieblas de la ignorancia más absoluta, sino que nacemos inclinados desde nuestros primeros años al mal y solicitados por las pasiones y concupiscencias cuyos estímulos comienzan a manifestarse con las primeras impresiones de los sentidos y mucho antes que la razón alcance el desarrollo suficiente para dominarlas.

Dios ha constituido la familia
para rodear al niño de los cuida-
dos de que ha menester y princi-
palmente para que forme su co-
razón por medio de una educa-
ción sabia y cristiana: : : : :

Para prestar al niño los cuidados que necesita, para guiar su inteligencia y formar su corazón ha constituido Dios la familia, cuya base es el matrimonio in-

disoluble y santificado por la gracia del sacramento. El fin principal de la familia, al que se subordinan todos los demás, es la educación de los hijos, sin la cual no puede haber virtudes cívicas ni cristianas.

Por esta razón bien puede afirmarse que la educación es la piedra angular sobre la que descansa la prosperidad de las naciones, porque ésta depende de la bondad de los ciudadanos y, no siendo por milagro rarísimo de la divina gracia, no puede ser buen ciudadano el que no ha recibido buena educación.

Mas a pesar de ser notoria esta verdad, cada día va siendo menor la solicitud de los padres de familia respecto a la educación de sus hijos, y no parece lejano el día en que lleguen a desentenderse de ella totalmente.

Costumbres de buen tono venidas de allende las fronteras entregan los hijos desde el momento en que ven la luz del día a manos mercenarias. La madre delega todos sus deberes y derechos en otra mujer, a la que se paga para que preste al niño los cuidados maternales, y el padre cree cumplir con exceso su misión paternal buscando un ayo, un preceptor o un colegio a la moda, donde los hijos reciban la instrucción y educación que su padre no les da. De esta manera el niño entra en la adolescencia sin haber sentido hacia sus padres el amor profundo y arraigado, que sólo nace y se desarrolla en las intimidades de la vida del hogar, sin haber encontrado obstáculo serio a sus caprichos, creyéndose superior a cuantos le rodean, porque ordinariamente se ha visto entre gente asalariada, a la que por este motivo juzga inferior; y en tales circunstancias, ¿quién podrá contener el torrente desbordado de una voluntad imperiosa y juvenil?

Hay indudablemente en la juventud sentimientos generosos al lado de temibles movimientos impulsivos, por eso el joven sólo se inclina ante la autoridad

amorosa del padre; cuando esta autoridad no existe, porque no se ha ejercido debidamente, quedará abandonado a su inexperiencia y se precipitará por el fácil camino que conduce al abismo de los vicios más repugnantes y de las más vergonzosas degradaciones.

Esta moda funesta, que viene acompañada del aliciente de elegancia y de buen tono, que suele ser la razón de que las modas se acepten por la mayor parte de las personas, está fomentada además por la egoísta indolencia de muchísimos padres y madres, que creen redimirse del cumplimiento de los sagrados, y con frecuencia penosos deberes de la paternidad, desprendiéndose de unas cuantas monedas con que pagar un sustituto, y no sólo es causa de que gran parte de los jóvenes pertenecientes a familias acudaladas carezcan de la educación conveniente, sino que influye perniciosamente en otras clases sociales menos favorecidas por la fortuna, en las que otras concausas dan motivo a que sea muy general el abandono de la educación de los hijos.

La concurrencia de los trabajadores a los grandes centros industriales, la intervención cada vez mayor de la mujer en faenas que la apartan del hogar, la costumbre de buscar solaz y descanso del trabajo en lugares de recreo de alcurnia más o menos elevada, han deshecho la vida íntima de la clase media y de la clase trabajadora. Este aniquilamiento del hogar doméstico, esta disolución de los vínculos familiares, fomentada por el ejemplo de las clases más aristocráticas, va formando una juventud indisciplinada e ineducada, que constituirá en época no lejana pueblos ingobernables sin Dios y sin ley.

Consecuencias naturales de la
falta de educación sólidamente
religiosa

¿Qué podrá esperarse de hombres que han llegado a la edad en que han de ejercer sus derechos de ciudadanos, después de haber pasado la niñez entre las nieblas de una educación defectuosa y la juventud en medio de las indecisiones y vaguedades de la enseñanza sin Dios?

La falta de educación o la educación irreligiosa en personas que disfrutan de riquezas conduce irremediabilmente al ancho camino por el cual marchan muchos jóvenes de nuestros días, derrochando sus dotes naturales y los bienes de fortuna, que Dios les ha concedido, en diversiones insensatas y en degradantes vicios, y ofreciendo a las personas reflexivas el triste espectáculo de tantos y tan valiosos dones malgastados y perdidos como flores de un jardín invadido y pisoteado por animales inmundos.

La misma falta en personas de más humilde condición conduce a la protesta airada, a la lucha de clases y a la indisciplina social. No es otro el origen de las muchedumbres que cual nubes tempestuosas se cierran en el horizonte de todas las naciones, amenazando dar al traste con todo lo existente y semejan por su inconsciencia a la avalancha de pueblos que cayó sobre el Imperio romano y arrasó la civilización Greco-Latina.

Insensato sería querer que se remontase como un águila hasta las regiones más altas y más puras de la atmósfera la avecilla que se ha sumergido antes en el lodo de una ciénaga, o a la que desde que nació se le

hubiese impedido el uso de las alas de que la dotó el Supremo Hacedor.

La formación religiosa ha de comen-
menzar en los primeros años de
la vida del hombre : : : : :

Para que el hombre cumpla los altos destinos que le ha señalado la Divina Providencia, ha de tener noción exacta de las leyes morales que han de servir de norma a sus acciones, y como la base de las leyes morales son los preceptos divinos, promulgados al hombre por medio de la ley natural y de la revelación, necesariamente el principio de todos los conocimientos humanos debe ser el conocimiento de las verdades religiosas y de los mandamientos de la ley de Dios.

Difícil es el cumplimiento del deber cuando suena la hora del sacrificio, aun para aquellos que tienen su inteligencia alumbrada por la luz de la fe y merced a ella saben elevarse sobre las mazquindades y pequeñeces de los bienes que el mundo puede ofrecer; pero sería irracional pensar que tendrá valor para desprenderse de esos bienes el que no sabe levantar su mirada más allá de los estrechos horizontes de la vida presente.

Es verdad que algunas veces se ha visto a hombres sin fe realizar actos al parecer heróicos, pero es preciso no perder de vista que el concepto del deber se ha elaborado durante siglos en medio de un ambiente cristiano y que ese concepto perdura y perdurará mucho tiempo aun en almas de fe tibia y vacilante que, tal vez sin darse cuenta de ello, rinden tributo a las ideas dominantes en la sociedad en que viven.

En la niñez y en la adolescencia la evolución lenta

de las facultades intelectuales que van enriqueciendo el caudal de conocimientos merced a las impresiones recibidas y a la labor trabajosa de la comparación y del raciocinio, exige un guía constante que prevenga los errores, deshaga las equivocaciones y auxilie con su experiencia el desenvolvimiento de la inteligencia.

Y no basta ilustrar la inteligencia, es también preciso educar el corazón, porque éste en la niñez semeja un campo fértil abierto a toda clase de cultivos y cuyos productos estarán en relación con la calidad de la semilla que en él se deposite y con la labor empleada en el cultivo. Si la semilla es buena y la labor conveniente, el fruto será óptimo y abundante; si el fruto no corresponde a las esperanzas del agricultor, será indudablemente porque la semilla empleada no fué buena, o porque el cultivo fué insuficiente o inadecuado.

Quiénes están llamados a educar y enseñar: : : : : : : :

Dedúcese de lo anteriormente expuesto que los primeramente llamados a desagraviar a Dios por los pecados cometidos en la educación, son los padres de familia, que han recibido del Altísimo autoridad amplísima, de cuyo uso han de rendir cuenta muy estrecha. El padre es y será siempre ante Dios y ante los hombres el primer responsable de la buena o mala preparación, que los jóvenes reciban antes de llegar a la edad en que comienzan a regirse por sí mismos y a intervenir en la vida pública.

Después de los padres de familia son los Párrocos y encargados de la cura de almas en las parroquias, los que están obligados por precepto divino a enseñar las verdades de la Religión a todos los hombres, que

de ello hayan menester, pero especialmente a los niños, en cuyas almas sencillas tiene el Señor puestas sus mayores complacencias y cuyos corazones, no contaminados, están mejor dispuestos para recibir la semilla de la predicación evangélica. A los Párrocos corresponde perfeccionar y ultimar la labor educadora de los padres, supliendo en caso necesario la negligencia de éstos.

La preparación del niño para la vida social se continúa y completa por medio de la enseñanza que se le comunica en las escuelas primero, en las aulas de los centros docentes después. Los maestros tienen la misión de continuar en el aula el ministerio del padre de familia en el hogar doméstico; sobre ellos pesan análogas responsabilidades a las del padre y, estando íntimamente unidas en el hombre la inteligencia y la voluntad, de tal modo que es indispensable el concurso de ambas para todo acto humano, los maestros no cumplirán su deber si no dirigen su acción sobre ambas facultades, y si prescinden en sus enseñanzas de aquellos principios que constituyen el fundamento de la moralidad.

La sanción con que Dios castiga la falta de cumplimiento de estos deberes puede medirse por la gravedad de los mismos, y por esta razón os exhortamos a todos los que de alguna manera podéis influir en la educación y en la enseñanza de los jóvenes, a que satisfagáis a las obligaciones que el Señor os ha impuesto, para que El se apiade de su pueblo y haga cesar sus castigos. Y porque respecto de la educación y enseñanza de los hijos la autoridad más inmediata es la del padre y en ella se refunden las demás, encargamos especialmente a los padres de familia a que vigilen constantemente, y sin perdonar sacrificio alguno, sobre la enseñanza de sus hijos y a que procuren darles por sí mismos o por medio de otras personas com-

petentes, sólida instrucción religiosa. Si tenéis, amadísimos padres de familia, la obligación de defender, aun con riesgo de la vida propia, la vida de vuestros hijos, con cuánta mayor razón habéis de defender la vida de su alma, impidiendo que sean engañados y seducidos por una enseña falsa e irreligiosa.

La apostasía de las naciones es
debida a la irreligiosidad en que
se han educado las actuales ge-
neraciones: : : : : : : : : : :

Triste es ciertamente, venerables hermanos y amadísimos hijos, el estado de la sociedad en los momentos presentes. En el mundo entero se siente un malestar profundo y la humanidad se agita en medio de una atmósfera asfixiante en la que respira dificultosamente. Parece imposible que esta situación se prolongue mucho tiempo y, sin embargo, no se vislumbra una solución satisfactoria. ¿Cómo explicar la angustia que cuallosa de plomo pesa sobre las generaciones contemporáneas, después de tantas conquistas científicas y en medio de una civilización floreciente? Es que falta a la sociedad la base religiosa y sin ella todo se derrumba como edificio al que falta cimiento firme.

Ved cómo un escritor francés de fines del siglo pasado, describía las generaciones que entonces se estaban formando y son las que hoy rigen los destinos de Francia y de otros países: "Imperfectamente formado en la familia, debilitado y como envenenado en la escuela. El joven al llegar a los veinte años entra en la sociedad. Y ¿sabéis lo que acontece? Que cae asfixiado. Porque ¿qué es lo que se ofrece a sus ojos? Malos periódicos en los cafés, malos libros en todas las librerías; veinticinco mil peligros emboscados al caer la tarde en las esquinas de las calles; teatros en todos

los bulevares, y ¡qué teatros! tan odiosamente impúdicos, que los del patio, no obstante su escasa delicadeza, en ocasiones se han levantado gritando: ¡basta! ¡basta! Esto en cuanto a la vida privada. En la vida pública el honor despreciado y reemplazado por los honores; hombres enriquecidos mediante vergonzosas especulaciones, caminan con la cabeza erguida y alcanzan los puestos más elevados; a la cobardía se llama moderación y necedad a la virtud; el adulterio, doble traición, se ha hecho ya tan común que no causa asombro a nadie; las costumbres por tierra y todas las conciencias en venta. En política no hay fe, ni ley ni derechos; las causas más augustas, indignamente vendidas cuando se ve que son débiles; las más infames, honradas cuando alcanzan éxito; no hay lazos de justicia entre los pueblos, y Europa está transformada en vasto campo, en donde, como entre los salvajes, no impera otro derecho que el del más fuerte, (1).

Algunos años han pasado después que fueron escritas estas palabras. Aquellas generaciones formadas sin ideales y sin corazón, educadas en un ambiente de egoísmo y de indiferencia religiosa, son las que hoy dominan en los Estados y las que agitan las naciones con odios y luchas inacabables.

Es necesario que volvamos los
ojos a Dios y busquemos en la
aproximación a Él la curación
de los males sociales: :::::

El mayor de los males es no conocerlos ni intentar su remedio. Por eso lo que apesadumbra y entristece nuestro espíritu es que a pesar de ser tan notorio el origen de tan grandes desventuras, se pierda en el va-

(1) Bougaud — *El Cristianismo y los tiempos presentes.*

cío la voz del Sumo Pontífice invitando a gobernantes y gobernados a que busquen en las ideas religiosas los sentimientos de caridad, de fraternidad y de amor que han de traer la paz que todos ansiamos.

Bien claramente se ve que la educación sin Dios no puede traer como consecuencia más que egoísmos brutales y como término el imperio del más fuerte, y a pesar de esta verdad continúa en algunos países perseguiéndose como un crimen cualquier asomo de religión en las escuelas y en otros no cesa de proclamarse como un progreso la enseñanza aconfesional, disfraz con que suele encubrirse la enseñanza impía y anticatólica.

Urge, pues, venerables hermanos y muy amados hijos, que todos los que por dicha conservamos la fe de Jesucristo, procuremos la curación de la humanidad herida y enferma, cumpliendo sin vacilaciones ni desalientos los deberes de cristianos y de ciudadanos. Si en todo tiempo han de cumplirse estos deberes escrupulosamente, urge más su cumplimiento en tiempos calamitosos en que parece la impiedad triunfante y en que vemos la justicia de Dios irritada por las infidelidades de los hombres.

No debemos olvidar aquella sentencia de Nuestro Señor Jesucristo: "Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César," (1). Estas palabras son el resumen de un código completo de nuestra vida pública. Debemos obedecer a las autoridades de la nación y cooperar al bien público, en cuanto de nosotros dependa, pero teniendo siempre ante la vista que sobre las autoridades temporales está Dios y antes que los bienes terrenos están los bienes celestiales.

Si damos a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, siendo a la vez cristianos fervorosos de fe viva y de acción intensa y constante y ciudada-

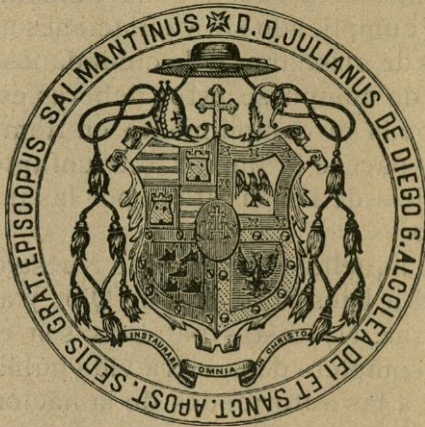
(1) Math. XII, 21.

nos de criterio firme, dispuestos siempre a procurar el triunfo del derecho y de la justicia, esperemos que luzcan para nosotros días más serenos, en que el sol de la verdad disipará los negros nubarrones en que está envuelta toda la tierra, y en que los pueblos encontrarán en Cristo Nuestro Redentor el consuelo de sus aflicciones y el calmante de sus dolores, conforme a aquellas palabras suyas: “Venid a mí los que trabajais y estais cargados con la pesadumbre del dolor, porque yo os aliviaré,” (1).

Así lo pedimos al Señor al mismo tiempo que os damos nuestra pastoral bendición en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

En nuestro Palacio de Salamanca a 15 de Marzo de 1918.

† JULIAN, Obispo de Salamanca.



Por mandado de su Excma. Rvma.
el Obispo, mi Señor,

DR. AGUSTIN PARRADO,
Arceidiano-Secretario.

Esta Carta Pastoral será leída al Ofertorio de la Misa conventual el primer día festivo después que se reciba.

(1) Math. XI, 28.